

Veruschka Barros, la hermana de la cumbia

Veruschka Barros creció junto al Festival Nacional de la Cumbia como se crece con una hermana: entre juegos, silencios y cuidados. Hoy, lo dirige con la fuerza heredada de su padre, José Barros, y el amor profundo por una tradición que no ha dejado de bailar. La acompañamos durante una intensa jornada.

Por Lauren Murillo y Oswaldo Pérez

Los niños les preguntan a sus papás de dónde vienen los bebés. Veruschka Barros le preguntaba al suyo de dónde vienen las canciones.

Este año tuvo lugar el lanzamiento de la 41.^a Edición del Festival Nacional de la Cumbia José Barros Palomino. A Veruschka Barros, *Veru*, directora del festival e hija del maestro y cantautor José Barros, la jornada que le espera es larga. Esta mujer banqueña, delgada y pequeña, de 55 años, cuyo nombre viene de los libros rusos que leía su papá, llegó esa madrugada a Bogotá y regresará a su casa en el Banco, Magdalena, ese mismo día.

Su primera aparición pasa desapercibida. Llega sin añadir un solo ruido cuando son las diez de la mañana y el silencio aristocrático del Teatro Colón está siendo estremecido por una flauta de millo. Mientras sube al quinto piso, una música atravesada se resbala escaleras abajo, desde la Sala Mallarino, se riega desbordando ventanales. Y canta por primera vez la cumbia como una niña que Veruschka trajo de la mano para que juegue este día, solo este día, en el Centro Nacional de las Artes Delia Zapata Olivella.

Cincuenta años antes, transcurrieron días naturales en la casa Barros. Tres niños que no le conocieron la juventud a su papá, jugaban con él como si fueran cuatro. Salvo por las veces en que la sala era invadida por periodistas y los homenajes sucedían con cierta regularidad, eran felizmente ordinarios. Sólo cuando hubo viajes, se los turnaron. Sólo cuando hubo paseos por el pueblo en el carro de los bomberos, saludaron alegremente recorriendo calles de honores y afectos.

Al regresar del jolgorio, en esa casa, un título de maestro universal alcanzaba para poco menos que nada. El señor José asumía tareas superiores de cuidado: la crianza de tres. Les cocinaba, les lavaba, les planchaba, les peinaba, les arreglaba para llevárselos al colegio.

—Fue papá y mamá —dice Veruschka.

Vida adentro, tanto ella como sus hermanos comprenden al fin que el hilo de agua donde bañaban su niñez cotidiana era también un río descomunal desembocando en la historia musical del país.

Este primer momento, a las diez y media de la mañana, es lúcido. Veruschka toma asiento, modesta, a un costado del salón mientras el maestro Wilmarmillo Jiménez revela los secretos para la fabricación artesanal de la flauta de millo. Ella observa desde el margen la mesa abarrotada de desconocidos que blanden cañas, bisturíes, lijas, varillas y cordones con la ilusión de sacarles música. Dos horas de trabajo quirúrgico después, con la boca, los hombres y mujeres del salón les hacen cosquillas a los instrumentos que nacieron de sus manos para que griten de risa. Soplan suave y suenan duro. Y el sonido afilado les atraviesa el pecho, les adhiere las manos, les sacude hasta las caderas. Son arrastradas las personas por la música esta mañana de jueves. Veruschka termina la tarea de observar.

Fue en el '68 cuando José Barros, convertido en maestro, regresó al Banco. Había pasado una vida trotamundos, recorriendo América Latina desde Argentina hasta México, había sido embolador de zapatos, prestidigitador y cantor de serenatas. Ese día que regresó, un pelotón de canoas populares repletas de pescadores, navegantes, cantadoras y bogas le seguían. Algún fulano le regaló un *Gallo tuerto* como el que, en su canción *cocoroió* cantaba. Poco después, en el '70, nació el festival y, ese mismo año, nació Veruschka.

—Entonces fui creciendo con el Festival Nacional de la Cumbia —recuerda, como hablando de una hermana.

A las dos de la tarde, regresa al recinto. Veruschka trae consigo al maestro Neiro Díaz que expondrá en teoría y práctica absolutas el arte de bailar la cumbia banqueña: que se hace en el sentido contrario al de las manecillas del reloj, que se arrastran los pies como si estuvieran encadenados, que se insiste y se rechaza a la pareja de baile en un ritual de cortejo, que se resiste el ardor de la esperma cuando se le ha echado lumbre a las velas. Baila al fondo Veruschka puestas las manos sobre sus caderas, elegante cual garza, deslizándose gentilmente hacia adelante como quien, caminando, acaricia los pies en el suelo. Danza sutil. Se despide.

Cuando a su papá le detectaron glaucoma, Veruschka regresó al Banco para cuidarlo. En 1998 ejercía hotelería y turismo en Cartagena sin que se le hubiera ocurrido nunca hacerse cargo de un festival cuya realización, hasta entonces, se hacía discontinuamente por las administraciones municipales.

—Veru, ¿tú por qué no te haces cargo del festival? Ese festival ya no se hace. Un alcalde sí, otro alcalde no. Pasan los años y no se hace —le preguntó una de sus amigas en el 2005.

Algunos meses después, al consultarlo con su papá y sus hermanos, hubo consenso: la familia Barros tiene el deber de socorro. En los meses siguientes, los recibió la lucha tenaz con la alcaldía por el compromiso y el crédito de la organización, el papeleo crónico en el Ministerio de Cultura para pedir apoyo, la crítica feroz de algunos banqueños interesados más en cualquier otra cosa que en la cultura, la falta de plata. Llegaron a hipotecar la casa donde vive Veruschka para pagar las deudas que los enterraban.

—Quienes llevan en sus hombros la responsabilidad de sostener el patrimonio cultural colombiano son los hacedores y portadores de tradición. Y son los que tienen que hacer cocadas, hacer arroz con leche, hacer arroz con pollo. No hay derecho —dice.

Cuando son las tres, Veruschka está sentada junto a los representantes de las celebraciones patrimoniales más importantes del país: el Carnaval de Negros y Blancos, el Petronio Álvarez, el Festival Internacional del Joropo y el Festival Internacional de la Cultura Campesina. Esta reunión de altísimo nivel la preside Xiomara V. Suescún, directora del Delia. Convienen reunidos que el Centro Nacional de las Artes será desde este momento Casa de Festivales, fiestas y carnavales populares.

A las cuatro, celebrada la noticia de que el Delia será un aliado decisivo para la preservación de los legados culturales de toda la nación, Veruschka asiste a la proyección y conversatorio sobre el capítulo ‘Cumbia en el río’ de la serie ‘Yurupari’. Esto dura hasta las cinco y media. Deja después la tarima libre para que la cumbia se combine con sonidos electrónicos en una liturgia multigeneracional oficiada por Felipe Orjuela, un joven bogotano multiinstrumentista que fusiona los ritmos del Caribe colombiano con la electrónica.

—Abrirles mayores espacios a las nuevas sonoridades de la cumbia porque la cumbia no se ha quedado estática —celebra Veru.

En mayo del 2007 murió el maestro José Barros. Como si a su chalupa cargada de mercancías la hubiera volcado una creciente, Veruschka recoge sus recuerdos esparcidos en la orilla. Las mañanas en que, temprano, su papá salía a tomar tinto donde Socorro o donde Carmen Martínez. Cuando por la tarde, al regresar de visitar a las Pisciotti, papá José se sentaba en su mecedora con la puerta abierta para hablarse de andén a andén con la vecina de enfrente. Su vicio por las mujeres y dos cigarrillos diarios, los demonios que a veces se le salían al genio. Anida Veruschka un recuerdo vívido en su pecho: ella niña sentada en las piernas de su pa’ que le canta los sapitos para ayudarla a dormir, o le cuenta las historias de cómo nacieron el Vaquero, la Momposina y la Piragua.

Al terminar del día, en la rumba que fue el preámbulo del concierto de cierre, el río viene. Sollozando su emoción y su nostalgia, volando viene el río. Llueve sobre Bogotá a las seis de la tarde. Y los cuerpos costeños de agua salada y dulce, internacionales y demás cachacos bailan en ronda la cumbia del Banco sobre charquitos en la plazoleta del Delia.

Más tarde, refugiada en los pasillos del Delia, Veruschka Barros tiembla, encogidos los hombros, de frío. A esta hora en Bogotá, pasadas las ocho de la noche, la temperatura no alcanza los 12° C; muerde. Y en unos minutos, esta mujer vestida de una solemnidad ceremonial se dirigirá a un auditorio de 500 personas para aclarar que este día, 17 de julio, es tan solo el lanzamiento de la 41.^a Edición del Festival Nacional de la Cumbia. Ni estas muestras, ni hoy, son el festival. En el Banco, Magdalena, sobre una plataforma flotante,

entre el 14 y el 17 de agosto danzarán las gentes, sonarán las músicas, despertará la piragua de su sueño para recordarle al pueblo *un melódico crujir de hermosa cumbia*.

—No hay sentido de pertenencia más grande que el saber de dónde somos y estar orgullosos —se le quiebra la voz, llora Veruschka —, y estar orgullosos de lo que somos.